

El bebé estaba en una canasta al lado de la cama, y llevaba puesto un pelele y un gorro blanco. La canasta de mimbre estaba recién pintada, acolchada con pequeños edredones azules y sujeta con cintas de color azul claro. Las tres hermanitas y la madre, que se acababa de levantar de la cama y aún no se había despertado del todo, y la abuela rodeaban todas al bebé y observaban cómo miraba con fijeza y de cuando en cuando se llevaba el puño a la boca. No sonreía ni reía, pero a veces parpadeaba y movía la lengua entre los labios cuando una de las niñas le pasaba la mano por la barbilla.

El padre estaba en la cocina y les oía jugar con el bebé.

—¿A quién quieres tú, pequeñín? —dijo Phyllis, y le hizo cosquillas en la barbilla.

—Nos quiere a todos —dijo Phyllis—, pero al que quiere de veras es a papá, ¡porque papá también es chico!

La abuela se sentó en el borde de la cama y dijo:

—¡Mirad su bracito! Tan gordo. ¡Y esos deditos! Igualitos que los de su madre.

—¿No es una preciosidad? —dijo la madre—. Tan sano, mi niño. —Se inclinó sobre la cuna, besó al bebé en la frente y tocó la colcha que le tapaba el brazo—. Nosotros también le queremos.

—¿Pero a quién se parece, a quién se parece? —exclamó Alice, y todas ellas se acercaron a la canasta para ver a quién se parecía.

—Tiene los ojos bonitos —dijo Carol.

—Todos los bebés tienen los ojos bonitos —dijo Phyllis.

—Tiene los labios del abuelo —dijo la abuela—. Fijaos en esos labios.

—No sé... —dijo la madre—. No sabría decir.

—¡La nariz! ¡La nariz! —gritó Alice.

—¿Qué pasa con su nariz? —preguntó la madre.

—En la nariz se parece a alguien —dijo la niña.

—No, no sé... —dijo la madre—. No creo.

—Esos labios... —dijo entre dientes la abuela—. Esos deditos... —dijo, destapando la mano del bebé y extendiéndole los menudos dedos.

—¿A quién se parece este niño?

—No se parece a nadie —dijo Phyllis. Y todas se acercaron aún más a la canasta.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —dijo Carol—. ¡Se parece a papá! —Todas miraron al bebé de muy cerca.

—¿Pero a quién se parece su papá? —preguntó Phyllis.

—¿A quién se parece papá? —repitió Alice, y entonces todas ellas miraron a la vez hacia la cocina, donde el padre estaba en la mesa, de espaldas a ellas.

—¡Vaya, a nadie! —dijo Phyllis, y se puso a lloriquear un poco.

—Calla —dijo la abuela, apartando la mirada. Luego volvió a mirar al bebé.

—¡Papá no se parece a nadie! —dijo Alice.

—Pero tendrá que parecerse a alguien —dijo Phyllis, secándose los ojos con una de las cintas. Y todas salvo la abuela miraron al padre, que seguía sentado en la cocina.

Se había dado la vuelta en su silla y tenía la cara pálida y sin expresión.